

## ¡Quiquiriquí!

O el canto del noble gallo Beneventano

---

En los últimos tiempos se han sofocado muchas revueltas entusiastas contra perversos despotismos en todas las partes del mundo; la locomotora y la máquina de vapor también han causado terribles y numerosas víctimas entre los viajeros entusiastas (yo perdí a un amigo querido a causa de ellas); mis propios asuntos personales estaban igualmente llenos de despotismos y de víctimas cuando, una mañana de primavera, demasiado afectado por la hipocondría para poder dormir, salí a pasear por los prados de mi colina.

El aire era frío y brumoso, húmedo y desagradable. El campo parecía a medio cocinar y sus crudos jugos rezumaban por doquier. Le cerré el paso lo mejor que pude a aquel aire pegajoso con el fino chaquetón cruzado –mi abrigo tenía los faldones tan largos que sólo lo utilizaba para ir en carro–, y, apuñalando con saña el suelo rezumante con mi bastón de manzano, incliné mi triste figura para ascender por la empinada pendiente de la colina. Aquella trabajosa postura acercó mucho mi cabeza al suelo, como si estuviera a punto de embestirle al mundo. Aunque no dejé de reparar en aquella circunstancia, me limité a esbozar una sonrisa fantasmal.

Todo cuanto me rodeaba eran indicios de un imperio dividido. La hierba vieja y la nueva combatían la una contra la otra. En los húmedos tremedales de abajo, la vegetación asomaba con un vivo color verde; más allá, en las montañas, había manchas claras de nieve extrañamente resaltadas sobre sus flancos rojizos; las gibas de las montañas parecían vacas

moteadas en plena tiritona. Los bosques estaban cubiertos de ramas muertas y secas, arrancadas por los alborotados vientos marceños, mientras que los árboles más jóvenes del lindero empezaban a mostrar los primeros matices amarillentos de las ramitas al brotar.

Me senté un momento sobre un gran tronco podrido cerca de la cima de la colina, con la espalda hacia el denso bosque y el rostro mirando hacia un vasto circuito de montañas que rodeaban una comarca variada y ondulante. A lo largo de la base de una larga cordillera corría un río palúdico y demorado, sobre el que pendía una corriente paralela de niebla colgante, que se correspondía exactamente en cada meandro con su padre el río. Más abajo, aquí y allá, jirones de vapor flotaban lánguidamente en el aire, como naciones o barcos abandonados y sin timón –o como toallas húmedas tendidas a secar de cualquier manera–. A lo lejos, más allá de un pueblo distante que había en un entrante de la llanura rodeado de montañas, descansaba un gran dosel plano de niebla como una mortaja. Era el humo condensado de las chimeneas y el aliento condensado y exhalado por los lugareños, cuya dispersión impedían las celosas montañas. Era demasiado denso y desprovisto de vida para ascender por sí mismo, de modo que se quedaba allí, entre el pueblo y el cielo, ocultando sin duda a muchos hombres con paperas y a muchos niños enfermizos.

Mi mirada recorrió la vasta y ondulada comarca, y las montañas, y el pueblo, y alguna granja aquí y allá, y bosques, y arboledas, arroyos, rocas, precipicios..., y pensé para mis adentros: qué marca tan leve deja, después de todo, el hombre sobre esta tierra enorme y gigantesca. Y, sin embargo, la tie-

rra sí le marca a él. Qué horrible accidente aquel del Ohio, donde mi buen amigo y otros treinta buenos tipos como él entraron en la eternidad por culpa de un maquinista cabeza hueca, que no distinguía una válvula de una tubería. Y aquel choque en la línea férrea justo en las montañas de allí enfrente, donde dos trenes chocaron silbando y se subieron el uno a la espalda del otro y se desgarraron entre sí; y una locomotora apareció incrustada en el vagón de pasajeros del tren antagonista; y cerca de una veintena de nobles corazones, una novia y su novio, y un niño inocente, embarcaron en el negro bote de Caronte que los llevó, sin equipaje, a alguna región cubierta de escoria de fundición. Pero ¿de qué sirve quejarse? ¿Qué juez enderezará este entuerto? Sí, ¿de qué sirve molestar a los cielos con esto? ¿Acaso no ordenan ellos estas cosas que, de lo contrario, no ocurrirían?

¡Un mundo miserable! ¿Quién se tomaría la molestia de hacer fortuna en él, cuando ni siquiera sabe cuánto tiempo podrá disfrutarla, debido a los miles de malvados y estúpidos que dirigen los ferrocarriles y los barcos de vapor y un sinfín de cosas vitales más en el mundo? Si me hiciesen dictador de Norteamérica por un tiempo, colgaría, ahorcaría, desmembraría, freiría, tostaría, herviría; guisaría, asaría a la parrilla y atormentaría como una pata de pavo a esos canallas alelados de los fogoneros; les mandaría a trabajar de fogoneros al infierno.

¡Grandes adelantos de la época! ¡Qué! ¡Llamar adelanto a la facilitación de la muerte y el asesinato! ¿Quién quiere viajar tan rápido? Mi abuelo no quería y no era ningún tonto. ¡Oíd!, ahí vuelve ese viejo dragón –ese gigantesco tábano de Moloc–, ¡resopla!, ¡bufa!, ¡aúlla!, aquí llega a través de esos

bosques primaverales, como el cólera asiático galopando a lomos de un camello. ¡Apartaos! ¡Ahí viene el asesino contratado, el monopolizador de la muerte!, juez, jurado y verdugo en uno, cuyas víctimas fallecen a diario sin los auxilios del clero. Ese demonio de hierro recorre quinientos kilómetros por toda la región aullando y gritando: «¡Más!, ¡más!, ¡más!». ¡Ojalá las montañas se conjurasen para abalanzarse sobre él! Y, de paso, podrían abalanzarse sobre otro insistente demonio menor, mi acreedor, que me espanta más que cualquier locomotora; un canalla de mandíbula prominente, que parece ir también sobre raíles y me atosiga incluso los domingos al ir y volver de la iglesia; y se sienta en el mismo banco que yo; y, fingiendo ser amable, me ofrece el devocionario abierto por el lugar indicado y me planta sus odiosas facturas delante de las narices, justo en mitad de mis devociones; y de ese modo se interpone entre la salvación y yo; pues ¿cómo mantener la calma en semejantes ocasiones?

No puedo pagarle a ese hombre terrible; y, no obstante, dicen que nunca abundó tanto el dinero..., una medicina disponible en el mercado; pero maldito sea si puedo encontrar siquiera un poco de esa medicina, aunque jamás enfermo alguno la necesitó tanto como yo. Es mentira; el dinero no abunda..., y si no miren en mis bolsillos. ¡Ja! No hay más que unos polvos que iba a enviarle al niño enfermo de aquella casucha, donde vive el bracero irlandés. El crío tiene la escarlatina. Dicen que el sarampión también es frecuente en la región, y la varioloide, y la varicela, y que las cosas no pintan bien para los niños que están echando los dientes. Y, después de todo, supongo que muchos de esos pobrecitos, después de pasar tantas penurias, se mueren igual; así que pasan el sa-

rampión, las paperas, la difteria, la escarlatina, la varicela, el cólera morbo, el mal estival y todo lo demás, ¡en vano! ¡Ah!, ya vuelve esa punzada reumática en mi hombro derecho. La pesqué una noche en el North River, cuando, en un barco abarrotado, le cedí mi litera a una señora enferma y me quedé en cubierta hasta la mañana siguiente bajo la lluvia. ¡Ése es el agradecimiento que recibe uno por ser caritativo! ¡Punzada! ¡Vamos, reuma! No podrías tratarme peor si hubiese tratado de asesinar vilmente a la señora en lugar de ayudarla. Y la dispepsia..., ésa también me aflige.

¡Hola!, aquí llegan los terneros, los de dos años, acaban de soltarlos del establo a los prados tras seis meses de víveres fríos. ¡Qué hato de aspecto tan mísero! El invierno ha sido crudo, eso es seguro: los huesos les asoman como codos; todos llevan los flancos acolchados con una extraña materia seca como capas de galleta. Y además han perdido mucho pelo aquí y allí, y donde no lo tienen apelmazado o pelado recuerdan a esos baúles de cuero sarnosos rozados por los lados. De hecho, lo que vaga por el prado no son seis becerros de dos años, sino seis abominables baúles viejos de cuero.

¡Oíd! Por Júpiter, ¿qué es eso? ¡Ved!, los mismos baúles de cuero aguzan el oído y clavan la mirada en la región ondulante allá lejos. ¡Oíd otra vez! ¡Qué claro!, ¡qué musical!, ¡qué prolongado!, ¡qué canto triunfal de acción de gracias de un gallo! ¡*Gloria a Dios en las alturas!* Dice esas mismas palabras con tanta claridad como pudiera decirlas nunca un gallo en este mundo. Vaya, vaya, empiezo a sentirme un poco mejor. Después de todo, el día no está tan brumoso. Allí a lo lejos empieza a salir el sol: me siento más arropado.

¡Oíd! ¡Ahí está otra vez! ¿Habrá resonado antes un canto

de gallo tan bendito sobre la tierra? Claro, agudo, lleno de ánimo, lleno de fuego, lleno de alegría, lleno de júbilo. Dice claramente: *¡Nunca te rindas!* Amigos míos, ¿es o no algo extraordinario?

Descubrí que, en mi entusiasmo, me había estado dirigiendo a los terneros; lo que demuestra cómo la verdadera naturaleza de uno se traiciona a veces del modo más inconsciente. Pues, ¿qué clase de becerro hay que ser para ponerse mohíno en la cima de una colina, cuando en el valle un gallo, sin habla ni razón, sin un centavo en el mundo, y con la muerte pendiente sobre él en cualquier momento a causa de su amo hambriento, envía un grito como un poeta laureado que celebrase la gloriosa victoria de Nueva Orleans?

¡Oíd, ahí viene otra vez! Amigos míos, ése debe de ser un Shanghai\*, ningún gallo nativo podría cantar con esa expresividad prodigiosa y exultante. Sin duda, amigos míos, un Shanghai de la estirpe del emperador de la China.

Pero mis amigos los baúles de cuero, alarmados por fin por aquel tono tan clamorosamente victorioso, huían meneando la cola en el aire y dando brincos tan torpes que ponían en evidencia que no habían movido libremente las patas en los seis últimos meses.

¡Oíd, otra vez! ¿De quién es ese gallo? ¿Quién en esta región puede permitirse comprar un Shanghai tan extraordinario? Dios me ampare..., me hace correr la sangre por las venas..., me siento exultante. ¿Qué? ¿Que salte a ese viejo tronco, aletee con los codos y cante yo también? Pero si no hace ni un instante que estaba afligido y deprimido. Y todo por el simple

---

\* Se trata de una variedad de gallo grande, estilizado y de patas largas.

canto de un gallo. ¡Un gallo maravilloso! Pero silencio... , ese muchacho ahora canta con más vigor; y eso que estamos por la mañana; habrá que ver cómo cantará a mediodía o al caer la noche. Ahora que lo pienso, los gallos cantan sobre todo al amanecer. Sus ánimos no son tan duraderos, después de todo. Sí, sí; incluso los gallos deben sucumbir al hechizo universal de las tribulaciones: jubilosos al principio, pero hundidos al final.

Por las agradables mañanas,  
los animosos gallos cantamos contentos  
pero al caer la noche, ya no cantamos tanto,  
pues con ella llegan el desaliento y la locura.\*

El poeta tenía en mente a este mismo Shanghai cuando escribió esto. Pero, alto. Ahí suena otra vez, diez veces más melodiosa, plena, larga y estrepitosamente que antes. ¡Pero si es como oír la gran campana de la catedral de San Pablo durante una coronación! De hecho, deberían quitar esa campana y colocar a este Shanghai en su lugar. Su canto alegraría a todo Londres, desde Mile-End (que no es el final de ningún sitio) hasta Primrose Hill (donde no hay ninguna prímula)\*\* , y disiparía la niebla.

Bien, tengo ganas de desayunar esta mañana; hacía una semana que no las tenía. Pensaba tomar sólo té con tostadas, pero tomaré huevos con café, no, cerveza negra y un filete de

---

\* Melville parodia en estos versos la séptima estrofa de *Resolution and Independence*, un conocido poema del poeta romántico inglés William Wordsworth (1770-1850).

\*\* Dos barrios de Londres cuya traducción literal respectiva es «El fin de la milla» y «Colina de las prímulas».

ternera. Necesito algo que me anime. Ah, aquí llega el tren de regreso: los vagones blancos centellean entre los árboles como una vena de plata. ¡Qué alegremente gorjea su silbato! Los pasajeros están contentos. Allí flamea un pañuelo, van a la ciudad a comer ostras, ver a los amigos y dejarse caer por el circo. Mirad la niebla a lo lejos; con qué suavidad se ensortija y ondula alrededor de las colinas, y el sol trenza sus rayos a través de ella. Ved el humo azulado del pueblo, como el dosel azulado sobre la cama de una novia. ¡Cómo brilla el campo allí donde el río se desborda por los prados! La hierba vieja ha de cederle el paso a la nueva. Me siento mejor tras este paseo. Ahora a casa y a dar cuenta de ese filete y de la botella de cerveza negra; y cuando me la haya bebido –un cuartillo de cerveza–, me sentiré tan fuerte como Sansón. Ahora que lo pienso, el acreedor igual se pasa por allí. Me acercaré al bosque y cortaré una buena vara. Por Júpiter que, si viene a molestarme hoy, le daré unos zurriagazos.

¡Oíd!, ahí vuelve Shanghai otra vez. Dice: «¡Bravo!, ¡dale de zurriagazos!».

¡Oh, valeroso gallo!

Me sentí de un raro humor toda la mañana. El acreedor se presentó hacia las once. Le dije al chico Jake que le hiciera subir. Yo estaba leyendo el *Tristram Shandy* y no podía bajar en esas circunstancias. El enjuto bribón (un granjero enjuto, ¡imagínense!) entró y me encontró sentado en un sillón con los pies sobre la mesa, con la segunda botella de cerveza negra al alcance de la mano y el libro bajo mis ojos.

–Siéntese –le dije–; en cuanto acabe este capítulo le atenderé. Hermosa mañana. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué chiste tan bueno sobre el tío Toby y la viuda Wadman! ¡Permítame que se lo lea!



—No tengo tiempo; debo atender a mis quehaceres de mediodía.

—¡Al infierno con sus quehaceres! —dije yo—. Y no me llene esto de tabaco o le echo a la calle.

—¡Señor!

—Deje que le lea lo de la viuda Wadman. «La viuda Wadman dijo:...»

—He traído mi factura, señor.

—Muy bien. Retuérzala, ¿quiere?; es casi la hora de mi cigarro, y acérqueme un carbón de la chimenea, por favor.

—¡Mi factura, señor! —dijo el muy bribón, poniéndose pálido de rabia y sorpresa por mi aire desenvuelto (hasta entonces siempre le había esquivado con el rostro lívido), pero demasiado prudente todavía para dejar traslucir todo su asombro—. ¡Mi factura, señor! —Y me la mostró rígidamente.

—¡Amigo mío —le dije—, qué mañana tan encantadora! ¡Qué aspecto tan dulce tiene el campo! Dígame, ¿ha oído a ese gallo extraordinario esta mañana? ¡Tómese un vaso de esta cerveza mía tan fuerte!

—¿Su cerveza? ¡Pague sus deudas antes de ofrecerle a nadie su cerveza!

—De modo que piensa que, hablando con propiedad, no tengo *fuerza* —dije levantándome muy lentamente—. Le demostraré que se equivoca. Le demostraré que tengo más fuerza que la Barclay & Perkins\*.

Sin más preámbulos, agarré al insolente acreedor por el abrigo (y como era un canalla flacucho de vientre blando había por dónde agarrarlo), se lo ató con un nudo marinero, le

---

\* La Barclay & Perkins era una conocida marca de cerveza fabricada por la *Barclay, Perkins and Co.*

metí la factura entre los dientes y lo eché al campo que rodeaba mi lugar de residencia.

—Jake —dije—, encontrarás un saco de patatas en el cobertizo. Tráelo aquí y deja que las pele este vagabundo; ha venido a pedirme unas monedas, estoy seguro de que sabe trabajar, aunque es perezoso. ¡Ponlo a pelar patatas, Jake!

¡Bendito sea el cielo, qué hermoso canto! Shanghai soltó un himno de la alegría y un *laudamus*, un toque de trompeta tan triunfal que mi alma suspiró en mi interior. ¡Acreedores! ¡Habría combatido con un ejército! ¡Shanghai sencillamente era de la opinión de que los acreedores sólo venían a este mundo para que los patearan, colgaran, magullaran, apalearan, estrangularan, zurraran, martillearan, ahogaran y dieran de bastonazos!

Cuando la exaltación producida por mi victoria sobre el acreedor se calmó un poco, volví adentro y me puse a meditar sobre el misterioso Shanghai. No había imaginado que lo oiría tan cerca de mi casa. Me pregunté dónde estaría el gallinero de aquel caballero ricachón desde el que cantaba el gallo. Y tampoco había dejado de cantar con tanta facilidad como había pensado. Aquel Shanghai cantaba hasta mediodía por lo menos. ¿Seguiría cantando todo el día? Decidí averiguarlo. De nuevo subí a la colina. Toda la región estaba bañada por la alegre luz del sol. La cálida vegetación se desbordaba a mi alrededor. Las cuadrillas estaban en el campo. Los pájaros, recién llegados del sur, cantaban alegremente en el aire. Incluso los cuervos graznaban con cierta unción y parecían un poco menos negros de lo habitual.

¡Oíd, ahí está el gallo! ¿Cómo describir el canto del Shanghai? Era como si su luminoso canto le susurrara al medio-

día. Era el canto más alto, largo y extrañamente musical que jamás sorprendió a mortal alguno. Había oído cantar a muchos gallos antes, y a algunos muy buenos; ¡pero éste!, tan suave y aflautado en su clamor, tan comedido en el raptó de exultación, tan vasto, creciente, henchido y ligero como brotado de una garganta dorada. Tampoco sonaba como el alocado y vano canto de algún gallo inexperto sin conocimiento del mundo que comienza la vida con un espíritu audazmente alegre porque ignora por completo lo que está por venir. Era el canto de un gallo que no cantaba sin tino; el canto de un gallo que sabía lo suyo; el canto de un gallo que se había enfrentado al mundo, había salido victorioso y había decidido cantar, aunque temblara la tierra o se hundieran los cielos. Era un gallo sabio; un gallo invencible; un gallo filosófico; un gallo entre los gallos.

Regresé a casa lleno una vez más de ánimos revigorizados, y con una especie de sensación de intrepidez. Volví a pensar en mis deudas y en mis otros problemas, y en los infortunados alzamientos de los desdichados pueblos oprimidos en otras partes del mundo, y en los accidentes de barco y de ferrocarril, e incluso en la pérdida de mi apreciado amigo, embriagado por una suerte de desafío bienintencionado y calmoso, que me sorprendió a mí mismo. Me sentí como si pudiera enfrentarme a la Muerte e invitarla a cenar, y brindar con ella en las catacumbas, en un puro desbordamiento de confianza en mí mismo y cierta sensación de seguridad universal.

Hacia la noche volví a subir a la colina para comprobar si aquel magnífico gallo sería capaz de dar la talla desde la salida hasta la puesta del sol. ¡Dígase lo que se quiera de vísperas

o toques de queda!, el canto nocturno del gallo surgió de su poderosa garganta y habitó toda la comarca, como Jerjes desde el Oriente con su hueste de dos alas. Fue milagroso. ¡Ay de mí, menudo canto! El gallo se fue a dormir satisfecho esa noche, pueden estar seguros, victorioso sobre el día entero y legándole los ecos de sus miles de cantos a la noche.

Tras un sueño desacostumbradamente sereno y reparador, me levanté temprano, sintiéndome como el muelle de un carruaje, ligero, elíptico, aéreo, boyante como la nariz de un esturión, y subí a la colina rebotando como una pelota. ¡Oíd! Shanghai se había levantado antes que yo. A quien madruga Dios le ayuda: cantaba como un bugle movido por una máquina, vigoroso, estridente, lleno de júbilo. Desde las granjas dispersas, muchos gallos cantaban y se respondían unos a otros. Pero eran como chirimías comparadas con un trombón. Shanghai aparecía de pronto y apagaba todos sus cantos con su dominador toque de clarín. No parecía tener otra preocupación. No contestaba a ningún otro canto, sino que cantaba sólo para sí, por su cuenta, lleno de desprecio solitario e independencia.

¡Oh, valeroso gallo...! ¡Oh, noble Shanghai! Oh, pájaro mercedamente ofrecido por el invencible Sócrates como testimonio de su victoria final sobre la vida.

Por mi vida, que en este día bendito iré en busca del Shanghai y lo compraré aunque tenga que volver a hipotecar mis tierras.

Escuché entonces con más atención, esforzándome por averiguar de dónde procedía su canto. Pero llenaba y saturaba el aire con tanta abundancia que resultaba imposible decir el lugar preciso del que llegaba aquella exultación. Lo úni-

co que pude decidir fue que el canto procedía del este y no del oeste. Luego pensé para mí qué distancia podía recorrer el canto de un gallo. En esta región tan tranquila, encerrada por las montañas, los sonidos eran audibles a gran distancia. Además, las ondulaciones del terreno y las estribaciones de las colinas en los valles de abajo producían extraños ecos y reverberaciones y multiplicaciones y acumulaciones de la resonancia muy peculiares para el oído y sorprendentes para la imaginación. ¿Dónde se escondía el valiente Shanghai, el pájaro del alegre Sócrates, el ave griega que murió imperturbable? ¿Dónde se escondía? ¿Oh, noble gallo, dónde estás? ¡Canta otra vez, gallo mío! ¡Mi principesco, mi imperial Shanghai! ¡Mi ave del emperador de la China! ¡Hermano del Sol! ¡Primo del gran Júpiter!, ¿dónde estás? ¡Un canto más, y dime quién es tu amo!

¡Oíd!, como una orquesta completa de los gallos de todas las naciones, ahí sonó el gallo. Pero ¿de dónde? Ahí está, pero ¿dónde? No podía decirse más que procedía del este.

Después del desayuno, cogí mi bastón y me eché al camino. Había muchas mansiones dispersas por los alrededores, y no dudé de que alguno de aquellos opulentos caballeros habría invertido un billete de cien dólares en algún majestuoso Shanghai recién arribado en el barco *Alisio*, o en el *Tormenta blanca*, o en el *Reina de los mares*; pues tenía que haber sido un esforzado bajel con un valeroso nombre el que transportara a un gallo tan valiente. Resolví recorrer a pie la comarca hasta descubrir a aquel noble extranjero, pero se me ocurrió que tal vez no sería mala idea preguntar de paso en los hogares más humildes si, por casualidad, no habían oído hablar de un Shanghai recién comprado por alguno de los caballe-

ros terratenientes de la ciudad, ya que era evidente que ningún pobre granjero, ni nadie parecido, podría poseer semejante trofeo oriental, semejante campana de San Pablo colgada en la garganta de un gallo.

Me encontré con un viejo, arando en un campo junto a la cerca del camino.

–Amigo, ¿ha oído últimamente a un gallo con un canto extraordinario?

–Bueno –dijo hablando lentamente–, no lo sé..., la viuda Crowfoot tiene un gallo, y el caballero Squaretoes también y yo mismo tengo uno, y todos cantan. Pero no sé de ninguno que tenga un canto extraordinario.

–Que tenga un buen día –dije yo secamente–, está claro que no ha oído usted el canto del gallo del emperador de la China.

Al cabo de un rato me encontré con otro viejo que estaba reparando una cerca de madera. Los troncos estaban podridos y, a cada movimiento de las manos del viejo, se deshacían en un polvo de ocre amarillo. Habría hecho mucho mejor dejando la cerca en paz, o sustituyendo los troncos. Y aquí debo decir que una causa del triste hecho de que la idiocia predomine más entre los granjeros que entre otras personas se debe a que se dedican a arreglar cercas de madera podridas durante el cálido y relajado tiempo de primavera. Es una empresa imposible. Laboriosa; inútil. Una empresa capaz de desmoralizar a cualquiera. Un gran esfuerzo dilapidado por pura vanidad. Pues, ¿cómo va a conseguir uno que unos troncos podridos se sostengan sobre unos postes podridos? ¿Con qué clase de magia va a infundir fuerza en unos leños que han estado helándose y cociéndose durante sesenta invier-

nos y veranos consecutivos? Es eso, ese maldito afán por arreglar vallas podridas con los mismos troncos podridos, lo que conduce a los granjeros al manicomio.

En el rostro del anciano en cuestión estaba claramente marcada una idiocia incipiente. Pues, unos trescientos metros por delante de él, se extendía una de las cercas de madera de Virginia más desdichadas y desmoralizadoras que había visto en mi vida. Entretanto, en el campo que había detrás, unos bueyes, que parecían poseídos por el demonio, embesaban contra la vieja y desdichada cerca y escapaban por aquí y por allá y obligaban al anciano a dejar su trabajo y perseguirlos hasta volver a encerrarlos. Los perseguía con un tronco tan enorme como la maza de Goliat, pero tan ligero como un corcho. Al primer movimiento se convertía en polvo.

—Amigo —dije yo, refiriéndome a aquel lamentable mortal—, ¿ha oído últimamente a un gallo con un canto extraordinario?

Lo mismo podría haberle preguntado si había oído la llamada de la muerte. Se me quedó mirando con una mirada perpleja, triste e indescriptible, y reemprendió su ingrato trabajo sin responderme.

¡Qué idiota he sido por preguntarle a una criatura tan triste por un gallo tan alegre!, pensé yo.

Seguí caminando. Para entonces había bajado la loma en la que estaba mi casa, y en aquella hondonada no se oía el canto del Shanghai, que, sin duda, debía de apuntar más alto. Además, ahora el Shanghai estaría almorzando su ración de grano y avena, o echando una siesta y habría interrumpido su júbilo por un tiempo.

Por fin, vi llegar cabalgando por el camino a un grueso caballero —o más bien orondo— cuya gran riqueza le había per-

mitido comprarse hacía poco varias hectáreas de terreno y construirse una noble mansión, con un gran gallinero adosado, cuya fama se había extendido por toda la comarca. Así que me dije: «He aquí al dueño del Shanghai».

–Señor –le dije–, disculpe, pero soy paisano suyo y querría preguntarle si posee usted algún Shanghai.

–Oh, sí; tengo diez Shanghais.

–¡Diez! –exclamé yo, maravillado–; ¿y todos cantan?

–Y con gran vigor; todos y cada uno de ellos; no poseería ningún gallo que no cantase.

–¿Le importaría regresar y mostrarme esos Shanghais?

–Con gusto: estoy orgulloso de ellos. Me costaron, en total, seiscientos dólares.

Mientras caminaba junto a su caballo, pensaba para mí si no habría confundido el canto armoniosamente combinado de diez Shanghais con el canto sobrenatural de un único gallo.

–Señor –le dije–, ¿hay alguno de sus Shanghais que sobrepase con mucho a los otros en el vigor, la musicalidad y el efecto inspirador de su canto?

–Cantan todos más o menos igual, creo yo –replicó cortésmente–; no creo que fuese capaz de distinguir uno de otro.

Comencé a pensar que, después de todo, podía ser que mi noble gallo no estuviera en posesión de aquel acaudalado caballero. De todos modos, entramos en su gallinero y vi sus Shanghais. Permítaseme decir que hasta entonces nunca le había echado la vista encima a esta variedad de ave importada. Había oído decir que por ellos se pagaban unos precios desorbitados, y también que tenían un tamaño enorme, y no sé por qué me había imaginado que debían de ser de una belleza y brillantez proporcionales tanto a la talla como al pre-



cio. Cuál sería mi sorpresa, por tanto, al ver diez monstruos de color zanahoria, sin la menor pretensión de esplendor en su plumaje. De inmediato, decidí que mi majestuoso gallo ni se contaba entre éstos ni podía ser un Shanghai en absoluto, si es que aquellos gigantescos pájaros patibularios eran verdaderos especímenes del verdadero Shanghai.

Estuve caminando todo el día, tras comer y descansar en una granja, e inspeccioné varios gallineros, interrogué a varios dueños de gallos, escuché varios cantos, pero no encontré al misterioso gallo. Sin duda había vagado tan lejos y extraviadamente que no podía oír su canto. Empecé a sospechar que el gallo fuera un mero visitante de la comarca, que hubiera partido en dirección sur en el tren de las once y estuviera cantando y solazándose ahora en algún lugar de las verdes orillas de la bahía de Long Island.

Pero a la mañana siguiente oí el inspirador toque de clarín, de nuevo me sentí hervir la sangre, de nuevo me sentí por encima de los males de este mundo, de nuevo me sentí capaz de echar a la calle a mi acreedor. Aunque, molesto por cómo le había recibido en su última visita, el acreedor no llegó a aparecer. Sin duda estaba enfadado: era tan estúpido que se había tomado en serio una broma inofensiva.

Pasaron varios días en los que hice varias excursiones por los alrededores buscando al gallo en vano. Sin embargo, seguía oyéndolo desde la colina, y a veces desde la casa, y a veces en la tranquilidad de la noche. Cuando en ocasiones volvía a sumirme en la melancolía, el sonido exultante y desafiante de su canto hacía que, de inmediato, mi alma se convirtiera también en un gallo, agitara las alas, echara hacia atrás la garganta y dejara escapar un alegre desafío a todos los males del mundo.

Por fin, varias semanas más tarde, me vi obligado a volver a hipotecar mis tierras para pagar ciertas deudas, entre ellas la que le debía a mi acreedor, que había terminado por iniciar un proceso civil contra mí. La manera en que me notificaron el proceso fue de lo más insultante. Yo estaba en un reservado de la taberna del pueblo regalándome con una botella de cerveza de Filadelfia, un poco de queso Herkimer y un bocadillo, y, tras acordar con el dueño, que era amigo mío, que le pagaría en cuanto recibiera mi próximo ingreso, me dirigí hacia la percha en la que había colgado mi sombrero en el bar, para coger un cigarro que había dejado allí, cuando hete aquí que me lo encuentro envuelto en la demanda civil. Cuando desenrollé el cigarro, desenrollé la demanda civil y el alguacil que estaba allí al lado dijo lentamente: «¡Dése por enterado!», y añadió con un susurro: «¡Métala en la pipa y fúmesela!».

Yo me volví hacia los parroquianos presentes en el bar y dije: «Caballeros, ¿les parece éste el procedimiento legal de presentar una demanda civil? ¡Contemplan!».

Todos fueron de la opinión de que era muy poco elegante por parte del alguacil aprovecharse de un caballero que estaba almorzando queso y una cerveza y ser tan incivil como para endosarle una demanda civil en el sombrero. Era poco generoso; era incluso cruel, pues un sobresalto así justo después de la comida, le estropearía a cualquiera la digestión del queso, que proverbialmente no es tan fácil de digerir como el *blanc-mangé*\*.

Al llegar a casa, leí la demanda y sentí una punzada de me-

---

\* Pudín de leche con especias y azúcar espesado con fécula.

lancolía. ¡Mundo cruel, mundo cruel! Heme aquí, tan buen tipo como el que más: hospitalario, acogedor, generoso a más no poder, y el destino me prohíbe tener la fortuna necesaria para bendecir la región con mi prodigalidad. No, mientras muchos avaros odiosos nadan en oro, ¡yo, que tengo un corazón tan noble, me enfrento a una demanda civil! Incliné la cabeza y me sentí desamparado, injustamente tratado, humillado y despreciado..., en suma desdichado.

¡Oíd! ¡Como un clarín!, sí, como un alegre trueno rodeado de campanillas, llegaba el glorioso y desafiante canto. ¡Oh, dioses, cómo volvió a animarme! ¡Otra vez en pie! ¡Sí, otra vez sobre mis zancos!

¡Oh, noble gallo!

Tan claro como pueda decirlo un gallo decía: «Deja que se hunda el mundo entero con todos sus tripulantes. Tú alégrate y nunca te rindas. ¿Qué es el mundo comparado contigo? ¿Qué sino una pella de barro? ¡Arriba ese ánimo!».

¡Oh, noble gallo!

Pero, mi querido gallo, no es tan fácil dejar que el mundo se vaya a pique; no es tan fácil alegrarse con una demanda civil en el sombrero o en la mano, musité pensándolo dos veces.

¡Oíd!, el canto otra vez. Tan claro como pueda decirlo un gallo decía: «¡Que les zurzan a la demanda y al tipo que la presentó! Si no tienes tierras o dinero, ve y apaléalo y dile que no piensas pagarle nunca. ¡Arriba ese ánimo!».

Así fue como –debido a las imperativas conminaciones del gallo– llegué a añadir otra hipoteca a mi propiedad y pagué todas mis deudas sumándolas a esta nueva carga. De nuevo liberado, reemprendí la búsqueda del noble gallo. Pero fue en vano, aunque seguí oyéndolo a diario. Comencé a pensar que

allí se encerraba alguna clase de engaño: algún maravilloso ventrílocuo merodeaba por mis graneros o mi sótano o mi tejado y se divertía con aquella travesura. Pero no, ¿qué ventrílocuo podría cantar con un canto tan heroico y celestial?

Por fin, una mañana, vino a verme un tipo singular que me había cortado la leña en marzo –unos ciento veinticinco metros cúbicos– y que venía a cobrar su paga. Como digo, era un tipo singular. Era alto y delgado, con un rostro triste y alargado, aunque en su mirada se ocultaba cierta alegría que ofrecía un extraño contraste. Su aspecto era serio, pero no abatido. Vestía un abrigo gris largo y raído y un gran sombrero abollado. Aquel hombre había serrado mi leña a tanto el metro cúbico. Se plantaba allí y se pasaba el día serrando en mitad de la ventisca sin parpadear siquiera. No hablaba nunca a menos que le dirigieran antes la palabra. Tan sólo serraba. Serraba, serraba, serraba..., nieve, nieve, nieve. La sierra y la nieve iban de la mano de forma natural. El primer día se trajo el almuerzo y se puso a comer sentado en el tajo en plena ventisca. Lo vi desde la ventana, donde estaba leyendo la *Anatomía de la melancolía* de Burton. Abrí las puertas de par en par sin cubrirme siquiera la cabeza.

–¡Por el amor del cielo! –grité–; ¿qué es lo que hace? Entre. ¡Menuda comida!

Tenía un chusco de pan rancio y un trozo de ternera salada envueltos en un papel de periódico mojado, y se quitó las migajas frotándose la boca con un puñado de nieve. Llevé adentro a aquel imprudente, lo planté junto al fuego, le di un plato caliente de cerdo con habichuelas y una jarra de sidra.

–Bueno –le dije–, no vuelva a traer esa comida húmeda. Trabaja a destajo, desde luego. Pero el almuerzo es cosa mía.

Expresó su gratitud de un modo tranquilo y orgulloso aunque no faltó de reconocimiento y dio cuenta de la comida para su satisfacción y la mía. Me agradó comprobar que vaciaba su jarra de sidra como un hombre. Se ganó mi respeto. Cuando me dirigía a él en el tajo por cuestiones de trabajo, lo hacía de un modo cuidadosamente respetuoso y deferente. Interesado por su aspecto tan singular, impresionado por la admirable intensidad de su aplicación a la sierra —una tarea fatigosa y desagradable para la mayor parte de la gente—, traté a menudo de sonsacarle quién era, qué clase de vida llevaba, dónde había nacido y cosas así. Pero era reservado. Venía a cortarme la leña, y a comerse mi comida —si tenía a bien ofrecérsela—, pero no de cháchara. Al principio, me molestó algo su hosco silencio, teniendo en cuenta las circunstancias. Pero pensándolo mejor, mi respeto creció. Aumenté mi deferencia y mi cortesía al dirigirme a él. Concluí que aquel hombre había atravesado dificultades y que había recibido muchas amargas cicatrices de este mundo; que era solemne de ánimo; que era de estirpe salomónica; que vivía tranquila, decorosa y temperadamente; y que, aunque era muy pobre, era muy respetable. A veces imaginaba que incluso podía tratarse de un anciano o diácono de alguna iglesia rural. Pensé que no sería mala idea presentar a aquel hombre excelente a la presidencia de Estados Unidos. Habría sido un gran reparador de entuertos.

Se llamaba Merrymusk. Muchas veces había pensado que se trataba de un nombre muy alegre para una criatura tan triste. Le pregunté a la gente si conocían a Merrymusk. Pero tardé mucho en averiguar gran cosa sobre él. Parece ser que había nacido en Maryland y que hasta hacía unos diez años

había pasado largo tiempo errando por los alrededores, sin un penique, aunque totalmente inocente de crimen alguno, capaz de trabajar de firme durante un mes con sorprendente sobriedad y después de gastarlo todo en una noche de juerga. De joven había sido marinero, y había desertado de su barco en Batavia, donde contrajo unas fiebres y estuvo a punto de morir. Pero se recuperó, volvió a embarcarse, regresó a casa, supo que todos sus amigos habían muerto y se dirigió hacia el norte, donde vivía desde entonces. Nueve años antes había tomado esposa y ahora tenía cuatro hijos. Su mujer se había quedado inválida; un niño tenía tuberculosis ósea y los demás estaban raquíticos. Él y su familia vivían en una choza en un lugar yermo y solitario cerca de la vía del tren, junto a la base de la montaña. Se había comprado una buena vaca para tener leche en abundancia para los niños; pero la vaca murió durante un parto y no pudo permitirse comprar otra. Aun así a su familia nunca le faltó comida. Él trabajaba mucho para comprársela.

Pues bien, como dije antes, el caso es que después de haberme cortado la leña aquel Merrymusk vino en busca de su paga.

—Amigo mío —le dije yo—, ¿conoce a algún caballero por los alrededores que posea un gallo extraordinario?

Una chispa brilló visiblemente en el ojo del leñador.

—No conozco a ningún *caballero* —replicó— que posea ningún gallo que merezca el nombre de extraordinario.

Oh, pensé yo, este Merrymusk no es la persona indicada para ayudarme. Me temo que nunca encontraré a ese gallo extraordinario.

Como no tenía suelto para pagarle a Merrymusk, le di

todo lo que tenía, y le dije que, en uno o dos días, me daría un paseo hasta su casa para llevarle lo que faltaba. De modo que una agradable mañana me puse en camino. Me costó mucho encontrar la choza. Nadie parecía saber dónde quedaba exactamente. Estaba en una parte muy solitaria de la comarca, con una montaña densamente arbolada a un lado (que llamo Montaña de Octubre a causa de su espléndido aspecto durante ese mes), y una ciénaga cubierta de maleza que atraviesa el ferrocarril por el otro. Lo atraviesa recto como un punzón varias veces al día y deslumbra a la desdichada cabaña con el espectáculo de toda la belleza, clase, moda, salud, baúles, oro y plata, salazones y verduras, novias y novios, esposas felices y sus maridos, que pasan a toda prisa frente a la puerta solitaria sin tiempo para detenerse, ¡zas!, ¡ahí están..., y allá van...! Invisible por ambos lados..., como si esa parte del mundo tan sólo estuviera hecha para pasar volando y no detenerse nunca. Y eso era todo lo que la choza veía de lo que la gente suele llamar «vida».

Aunque un tanto perplejo, sabía aproximadamente en qué dirección quedaba la choza, así que seguí adelante. Mientras caminaba, me sorprendió oír el misterioso canto del gallo con más y más claridad. ¿Será posible que un caballero poseedor de un Shanghai viva en esta triste y desolada región?, pensé yo. El glorioso y desafiante clarín sonaba cada vez más y más alto y más y más cerca. «Aunque debo de haberme desviado del camino a casa del leñador, gracias al cielo parezco estar acercándome al gallo extraordinario» me dije. Estaba encantado del feliz accidente. Seguí caminando; entretanto el gallo sonaba cada vez más invitador, y jovial y soberbio; y el último canto parecía siempre más próximo que el

anterior. Por fin, al salir de un bosquecillo de alisos, vi justo delante de mí al animal más resplandeciente que bendijo jamás la vista de un hombre.

Un gallo que más parecía un águila imperial que un gallo. Un gallo que más parecía un mariscal de campo que un gallo. Un gallo, más parecido a lord Nelson adornado con todas sus medallas, de pie en el alcázar del *Vanguard* a punto de entrar en combate, que a un gallo. Un gallo más parecido al emperador Carlomagno con su manto en Aquisgrán que a un gallo.

¡Menudo gallo!

Era de tamaño considerable y estaba plantado muy altanero sobre sus largas patas. Era de color rojo, dorado y blanco. Rojo sólo en la cresta, una cresta poderosa y simétrica, parecida a la de yelmo de Héctor, o a las delineadas en los escudos antiguos. Su plumaje era níveo, trazado de oro. Se paseaba ante la cabaña, como un par del reino; con la cresta alzada, el pecho hinchado y sus galas bordadas brillando al sol. Su paso era impresionante. Parecía algún noble extranjero. Parecía algún rey oriental sacado de alguna magnífica ópera italiana.

Merrymusk avanzó desde la puerta.

—Por favor, ¿no es ése el *signor* Beneventano?

—¿Cómo?

—Ése es el gallo —dije yo, un poco avergonzado. Lo cierto era que mi entusiasmo me había llevado a cometer una tonta torpeza. Había hecho una alusión relativamente erudita en presencia de un hombre iletrado.

En consecuencia, al reparar en su mirada franca, me sentí como un estúpido; pero salí del aprieto diciendo que *ése era el gallo*.



El caso era que, el otoño anterior, yo había estado en la ciudad y había asistido allí a la representación de una ópera italiana. En dicha ópera, encarnaba el papel de un rey cierto *signor* Beneventano, un hombre de talla imponente, ataviado con ricos ropajes, parecidos a las plumas, y con un paso majestuoso y despreciativo. El *signor* Beneventano parecía a punto de caer de espaldas debido a lo excesivo de su altivez. Y, por mi vida, que el paso orgulloso del gallo recordaba a los pasos por el escenario del *signor* Beneventano.

¡Oíd! De pronto, el gallo se detuvo, elevó aún más la cabeza, erizó las plumas, pareció inspirarse y soltó un vigoroso canto. La Montaña de Octubre le hizo eco; otras montañas lo devolvieron; otras lo rebotaron y recorrió así toda la región. Entonces comprendí claramente por qué se oía el alegre sonido desde mi distante colina.

—¡Por el amor del cielo! ¿Es usted el dueño del gallo? ¿Es suyo el gallo?

—¡Es mi gallo! —dijo Merrymusk, mirándome astutamente de reojo con la cara larga y solemne.

—¿Dónde lo consiguió?

—Rompió aquí el cascarón. Lo crié yo.

—¿Usted?

¡Oíd! Otro canto. Podría convocar a los fantasmas de todos los pinos y abetos talados alguna vez en la región. ¡Gallo maravilloso! Después de cantar, siguió caminando, rodeado por un grupo de gallinas admiradoras.

—¿Cuánto quiere por el *signor* Beneventano?

—¿Cómo?

—¡Por ese gallo mágico! ¿Cuánto quiere por él?

—No está en venta.

–Le daré cincuenta dólares.

–¡Puf!

–¡Cien!

–¡Bah!

–¡Quinientos!

–¡Buah!

–¿Y se considera usted pobre?

–No; ¿acaso no soy el dueño de ese gallo, y he rechazado vendérselo por quinientos dólares?

–Cierto –dije yo abstraído–; eso es verdad. ¿Así que no quiere venderlo?

–No.

–¿Y regalarlo?

–No.

–¡Entonces se lo queda! –le grité iracundo.

–Sí.

Me quedé un rato admirando al gallo y maravillado con aquel hombre. Por fin, sentí una redoblada admiración por el uno y un redoblado respeto por el otro.

–¿No quiere usted pasar? –dijo Merrymusk.

–¿Y no sería posible que el gallo nos acompañase?

–Sí. ¡Clarín! ¡Ven, chico, ven!

El gallo se dio la vuelta y avanzó en dirección a Merrymusk.

–¡Vamos!

El gallo nos siguió al interior de la choza.

–¡Canta!

El techo vibró.

¡Oh, noble gallo!

Me volví en silencio hacia mi anfitrión. Estaba sentado en un cofre viejo y baqueteado, con su abrigo raído y gris, par-

ches en las rodillas y en los codos, y un sombrero deplorablemente abollado. Eché un vistazo a la habitación. Las vigas del techo estaban desnudas, aunque de ellas colgaban gruesos tajos de ternera. El suelo era de tierra, pero había un montón de patatas en un rincón y un saco de maíz en otro. Una manta pendía de un extremo al otro de la habitación y tras ella se oía la voz enfermiza de una mujer y las voces enfermizas de unos niños, que, por alguna razón, no parecían demasiado quejosas.

—¿La señora Merrymusk y sus hijos?

—Sí.

Miré al gallo. Estaba majestuosamente plantado en mitad de la habitación. Parecía un grande de España que, sorprendido por una tormenta, se hubiera visto obligado a refugiarse en la cabaña de algún campesino. Tenía un extraño aspecto de contraste sobrenatural. Irradiaba toda la cabaña y enaltecía su miseria. Enaltecía el cofre baqueteado, y el raído abrigo gris, y el sombrero abollado. Enaltecía las mismas voces que llegaban achacosas desde detrás de la pantalla.

—Oh, padre —gritó una débil vocecilla—, haz que vuelva a cantar *Clarín*.

—Canta —gritó Merrymusk.

El gallo se preparó.

El techo vibró.

—¿No le molestará a la señora Merrymusk y a los niños?

—Canta otra vez, *Clarín*.

El techo vibró.

—O sea, que no les molesta.

—¿No ha oído que me lo piden ellos mismos?

—¿Y cómo es que a su familia le gustan estos cantos estan-

do enfermos? –dije yo–. El gallo es magnífico y tiene una voz magnífica, pero no parece lo más indicado para la habitación de un enfermo. ¿De verdad les gusta?

–¿A usted no le gusta? ¿No le hace bien? ¿No le resulta inspirador? ¿No le infunde ánimo? ¿No le ayuda a enfrentarse a su desánimo?

–Tiene usted razón –dije, quitándome el sombrero con humildad ante el orgulloso espíritu que se escondía tras aquel abrigo vulgar–. Pero aun así –insistí, con ciertas reticencias–, creo que un canto tan fuerte, tan maravillosamente clamoroso no debe de sentarle muy bien a un inválido y podría retrasar su convalecencia.

–¡Canta lo mejor que sepas, *Clarín!*

Salté de mi silla. El gallo me asustó como algún invencible ángel del Apocalipsis. Pareció anunciar la caída de la malvada Babilonia, o el triunfo del justo Josué en el valle de Ayalón. Cuando logré recuperar en parte mi compostura, se me ocurrió una idea inquisitiva. Decidí ponerla en práctica.

–Merrymusk, ¿me presentaría usted a su mujer y a sus hijos?

–Sí. Mujer, el caballero quiere pasar a verte.

–Encantada –replicó una voz débil.

Pasé detrás de la cortina y encontré poco más que un rostro devastado, pero extrañamente alegre; el cuerpo, oculto por una colcha y un abrigo viejo, parecía demasiado encogido para mostrarse a través de aquellos obstáculos. Junto a la cama estaba sentada una pálida niña que la atendía. En otra cama yacían juntos tres niños: tres caritas pálidas más.

–Oh, padre, no es que nos disguste el caballero, pero déjanos ver también a *Clarín*.

A una orden suya, el gallo pasó al otro lado de la cortina y

se subió a la cama de los niños. Sus consumidos ojitos lo contemplaron con un deleite ansioso y espiritual. Parecían iluminados por el radiante plumaje del gallo.

–Mejor que el farmacéutico, ¿eh? –dijo Merrymusk–. He aquí al mismísimo doctor Gallo.

Dejamos a los enfermos y volví a sentarme, abstraído en divagaciones acerca de aquel extraño hogar.

–¡Parece usted un tipo muy independiente! –le dije.

–Tampoco usted me parece ningún idiota. Señor, es usted un caballero.

–¿Hay alguna esperanza de que su mujer llegue a recuperarse? –dije, tratando modestamente de cambiar de conversación.

–Ni la más mínima.

–¿Y los niños?

–Muy pocas.

–Debe de ser una vida muy triste teniéndolo todo en cuenta. Esta soledad desamparada, esta cabaña, el arduo trabajo, las penalidades.

–¿Acaso no tengo a *Clarín*? Él se ocupa de alegrarnos. Canta pese a todo; canta en los momentos más negros: «¡Gloria a Dios en las alturas!», lo canta continuamente.

–Justo eso, Merrymusk, es lo que pensé que cantaba cuando lo oí desde mi colina. Pensé que algún ricachón poseía algún costoso Shanghai; ni se me ocurrió que un hombre pobre como usted tuviera un gallo tan vigoroso criado por él mismo.

–¿Un hombre pobre como yo? ¿Por qué me llama pobre? ¿Acaso el gallo que poseo no enaltece esta tierra, magra, triste y consumida? ¿Acaso mi gallo no le ha infundido a usted ánimos? Y todo lo doy gratis. Soy un gran filántropo. Soy un hombre rico... , muy rico, y muy feliz. Canta, *Clarín*.

El techo vibró.

Regresé a casa muy pensativo. No estaba del todo tranquilo respecto a la sensatez de la forma de ver las cosas de Merrymusk, aunque sintiera gran admiración por él. Estaba considerando la cuestión ante mi puerta, cuando oí cantar otra vez al gallo. Basta. Merrymusk tiene razón.

¡Oh, noble gallo! ¡Oh, noble hombre!

No vi a Merrymusk en varias semanas, pero cada vez que oía el glorioso y alegre canto, suponía que todo continuaba como siempre. Yo mismo seguí animado. El gallo seguía inspirándome. Tuve que volver a hipotecar mis campos, pero me limité a comprar otra docena de botellas de cerveza negra y una docena de docenas de cerveza de Filadelfia. Murieron unos parientes; no guardé luto, sino que durante tres días bebí cerveza negra en lugar de rubia, por ser de color más oscuro. Oí el canto del gallo justo cuando me comunicaron las malas noticias.

—¡Brindo a tu salud con esta cerveza negra, oh, noble gallo!

Se me ocurrió volver a ir a ver a Merrymusk, puesto que hacía tiempo que no sabía ni oía nada de él. Al llegar allí, todo estaba muy quieto alrededor de la choza. Tuve un extraño presentimiento. Pero el gallo cantó desde el interior y mis premoniciones se desvanecieron. Llamé a la puerta. Una voz débil me invitó a entrar. La cortina había desaparecido; toda la casa se había convertido en un hospital. Merrymusk yacía sobre un montón de ropa vieja; la mujer y los niños seguían en las camas. El gallo estaba subido al aro de un tonel colgado de la viga en el centro de la cabaña.

—Está usted enfermo, Merrymusk —dije tristemente.

—No, estoy bien —replicó débilmente—. Canta, *Clarín*.

Me encogí. La fortaleza de aquella alma en un cuerpo tan débil me sobrecogió.

Pero el gallo cantó.

El techo vibró.

—¿Cómo está la señora Merrymusk?

—Bien.

—¿Y los niños?

—Bien. Todos bien.

Gritó las dos últimas palabras en una especie de éxtasis triunfal ante la enfermedad. Fue demasiado. Su cabeza se desplomó hacia atrás. Pareció que un paño blanco hubiera caído sobre su rostro. Merrymusk había muerto.

Me sobrecogió un pavoroso temor.

Pero el gallo cantó.

El gallo sacudió su plumaje, como si cada pluma fuese un estandarte. El gallo colgaba del techo de la cabaña como pendían antaño de la cúpula de San Pablo las banderas capturadas al enemigo. El gallo me aterró con su maravilla.

Me acerqué a los lechos de la mujer y los niños. Ellos repararon en mi aspecto espantado y supieron lo que había ocurrido.

—Mi buen marido acaba de morir —suspiró la mujer—. Dígame la verdad.

—Está muerto —dije yo.

El gallo cantó.

Ella se derrumbó, sin un suspiro y murió con larga devoción amorosa.

El gallo cantó.

Saltaron chispas de su dorado plumaje. El gallo parecía presa de un benévolo deleite. Saltó del aro y caminó majes-

tuosamente hacia el montón de ropa vieja donde yacía el leñador y se plantó a su lado como un tenante heráldico. Entonces soltó una especie de canto largo, musical, triunfante y definitivo, con la garganta hacia atrás, como si quisiera enviar el alma del leñador directamente hasta el séptimo cielo. Luego caminó como un rey hacia el lecho de la mujer. Otro canto exultante y elevado se unió al primero.

La palidez de los niños pareció trocarse en resplandor. Sus caras brillaron de forma celestial entre la mugre y la suciedad. Parecían los hijos disfrazados de reyes o emperadores. El gallo saltó sobre su cama, se sacudió y cantó y cantó una y otra vez. Parecía querer extraer las almas de los niños de sus cuerpos consumidos. Era como si estuviera decidido a reunir lo antes posible en lo alto a aquella familia. Los niños parecían secundar sus esfuerzos. Enormes, profundos e intensos anhelos de liberación los transfiguraron en espíritus ante mis propios ojos. Vi ángeles donde yacían.

Estaban muertos.

El gallo se sacudió las plumas sobre ellos. El gallo cantó. Ahora era como un ¡bravo!, un ¡viva!, un ¡tres hurras por! ¡hip, hip, hip! Salió de la cabaña. Le seguí. Voló al tejado de la vivienda, extendió las alas, cantó con una nota sobrenatural, y cayó a mis pies.

El gallo estaba muerto.

Si visitan ahora esa región montañosa, verán cerca de la vía del ferrocarril, justo al pie de la Montaña de Octubre, al otro lado del pantano, una lápida, no con un cráneo y unas tibias cincelados en ella, sino con un gallo vigoroso a punto de cantar y las palabras:



¿Dónde está, oh, muerte, tu aguijón?  
¿Dónde, oh, sepulcro, tu victoria?\*

El leñador y su familia, con el *signor* Beneventano, yacen en aquel lugar; yo los enterré y coloqué la lápida, que mandé tallar en piedra; y nunca he vuelto a sentir la lúgubre melancolía, sino que en cualquier circunstancia canto a todas horas la misma incesante canción.

¡QUIQUIRIQUÍIIIIIIII!

---

\* Corintios 15:55.